

CAMPOS DE BATALLA

Basada en el Mahabharata y en la obra teatral de Jean-Claude Carrière

Adaptada y dirigida por Peter Brook y Marie-Hélène Estienne

Traducción de Gerardo Bolaños G. ©

DRITARASHTRA. La guerra terminó. La guerra terminó. Mi primogénito, Duryodhana, está muerto. ¡Cien hijos míos murieron, y sus hijos también! Muertos están los ejércitos, muertos los batallones y muertos sus generales.

¡Al diablo con la Humanidad! ¡Al diablo con el cuerpo humano! ¡Todas las desgracias que sufrimos en esta vida nos pasan por el simple hecho de ser humanos!

¿Cómo puedo seguir viviendo? Estoy ciego, condenado a errar por esta tierra arrasada donde el único sonido que se escucha es el los dientes de las bestias carnívoras triturando cadáveres.

¿Dónde está la Justicia?

VIDURA. Dritarashtra, tu pena te corroe las entrañas y agota tu sabiduría. Te hace preferir la muerte a la vida.

Ahora tienes que abrazar a Yudishtira, tu sobrino, enemigo de tu hijo y vencedor de la guerra. Tienes que ayudarlo a gobernar este reino que una vez fue tuyo.

En cuanto a mí, ahora que la guerra terminó, debo seguir mi camino, alejarme de ti y pasar en el bosque los últimos días de mi vida.

DRITARASHTRA. Me ayudaste día tras día durante aquella terrible batalla. ¿Cómo podría sobrevivir sin ti?

VIDURA. Dharma, que es Justicia y Ley. Dharma te ayudará.

.....

YUDISHTIRA. El sol se levanta lentamente sobre los campos de batalla cubiertos por interminables pilas de cadáveres.

La victoria es una derrota. ¿Qué hemos hecho?

Las corazas doradas y las joyas de los héroes brillan al sol. Cubren la tierra lanzas, arcos, flechas, mazas y el acero afilado de las espadas.

Algunos guerreros siguen de pie, adosados unos a otros, y otros pegados a la tierra.

Los campos de batalla han sido invadidos por criaturas sedientas de sangre. Las aves de presa y los zopilotes, chorreando sangre, despedazan los pies de los muertos y los devoran por millones. Estos guerreros, antes invencibles, ahora aniquilados, son ahora presa fácil de garzas, grullas, águilas, buitres, chacales, perros.

¿Quién podría haber vaticinado tal destrucción masiva?

Como si fueran tigres, estos hombres ahora son fuego extinto. Se acostaban en camas mullidas, pero ahora yacen en la tierra ablandada con su sangre.

Escuchen los gritos de chacales y zopilotes, apenas audibles para los sordos oídos de los muertos.

Cruelles y siniestros, estos enemigos invaden los campos de batalla con su insaciable apetito. A veces ni los vampiros se atreven a tocar los cuerpos aún intactos. Piensan: “¡Estos todavía están vivos!”

Llegan las mujeres. Sumidas en el dolor, rodean a sus héroes. Brillan sus caras cubiertas de lágrimas. Se lamentan, van de un lugar a otro, se flagelan violentamente.

El sitio está lleno de cúmulos retorcidos de cabezas, manos, piernas. Las mujeres enloquecen cuando los ven. La locura las hace unir un cuerpo a una cabeza y, sin ver al de al lado, gritan: “¡No es el de él!”

Repelen a los vampiros para poder ensamblar brazos, piernas, pies. Aun cuando vean a sus maridos, no los reconocen.

Otra tarea me está esperando. Debo hacer lo que debo hacer.

.....

YUDISHTIRA. Elevemos ofrendas por nuestros muertos. Que nuestros sacerdotes los incineren y lancen sus cenizas al río Ganges. Que nuestras mujeres oren por sus familias.

Que lloren y griten su desesperación a los cuatro vientos. Que la Tierra escuche su triste queja. Que se alegre la Tierra triunfante: ya no quedan más guerreros que perturben la paz en los campos de batalla.

.....

KUNTI. Yudishtira.

YUDISHTIRA. Sí, madre. ¿Qué deseas?

KUNTI. Falta una persona más.

YUDISHTIRA. ¿Una más?

KUNTI. Sí, hijo mío. Tienes que elevar una ofrenda por él también.

YUDISHTIRA. No lo entiendo. Recuerdo hasta el último de nuestros difuntos. Creo que no soy tan ingrato como para olvidar a los que murieron por mí.

KUNTI. Se trata de Karna, debes hacer una ofrenda por él también.

YUDISHTIRA. ¿Karna? Dime, Madre: ¿por qué debería hacer eso por Karna? Él no es de los nuestros, su padre es auriga, es él quien debería officiar los ritos funerarios. ¿Por qué me pides que yo lo haga, habiendo sido él archienemigo nuestro? ¿Por qué debería hacerlo, Madre? Por favor, dime por qué.

KUNTI. Hijo mío, debes hacerlo porque Karna era noble de nacimiento.

YUDISHTIRA. ¿Noble de nacimiento? Madre, no sabes nada acerca de Karna. ¿Cómo sabes que era de origen noble? Entonces, debes saber quién era. ¿Por qué debo ofrecer las oblaciones funerarias? ¿Quién era su padre? Dime, Madre, ¿quién era él?

KUNTI. Su padre era Seria, el Sol. La madre de Karna era una joven. A ella le habían dado un mantra. Con él podía convocar a cualquier dios de su agrado. Era como un juego para ella pero, para su gran sorpresa, una noche pidió que el Sol la visitara. Ella trató de resistirse pero el Sol le dijo que del cielo no se baja gratuitamente. Y un bello niño nació.

Ella temía ser censurada por las gentes. Por eso tuvo que enterrar su secreto en el corazón. Así, puso al niño en un cajón de madera y lo dejó flotando en este mismo río, el Ganges. El niño fue hallado por un auriga, quien lo dio a su esposa, y lo llamaron Karna. Él gustaba mucho de su nombre, no lo cambiaría por nada. Su verdadera madre era una princesa, ella cometió esa injusticia contra su primogénito y aunque tuvo varios hijos más, su corazón quedó vacío desde entonces.

YUDISHTIRA. Madre, ¿quién es la madre de Karna? ¿Quién es esa mujer tan despiadada que cuando nació su retoño lo abandonó en el río Ganges? ¿Quién es la mujer que arruinó la vida de ese gran hombre? Tú lo debes saber pues me has contado los detalles del crimen ¿Quién es ella, Madre?

KUNTI. Esa mujer vive todavía. Soy yo. Karna era mi hijo, el primero.

YUDISHTIRA. Cuando me enteré de que había muerto, corrí al campo de batalla para ver si realmente era verdad. Me alegré tanto de verlo muerto. Sentí una inmensa tranquilidad. Pensé: “Al fin he triunfado”. Hasta grité: “Ahora soy el rey”.

¿Sabía Karna que era mi hermano? ¿Sabía quién era él?

KUNTI. Sí. Fui a verlo antes de la guerra. Le dije que viniera a verte pero no aceptó. No traicionaría a sus amigos. Ser desleal a tu primo Duryodhana, rey, maestro y amigo, iba contra su naturaleza. Cuando Karna supo que era hermano tuyo, se angustió. Sabiendo quien eras, se dejó derrotar.

¿Qué haces?

YUDISHTIRA. Me internaré en el bosque.

KUNTI. ¿Piensas renunciar a tu reino?

YUDISHTIRA. Sí. Me internaré en el bosque. Comeré raíces y frutos, me lavaré dos veces al día, sin lágrimas, sin alegría, como un idiota, sin expresión en el rostro, sordo y ciego, errando sin rumbo fijo, sin buscar la muerte ni la vida.

KUNTI. No te vayas, hijo mío. Te lo suplico. Recuerda que antes de la guerra, le preguntaste a Krishna...

.....

YUDISHTIRA. ¿Qué podría salvar al mundo?

KRISHNA. Tú. Eres el único. La Tierra necesita un rey que tenga calma y sea justo. Yo ansío ese rey. Sin él, estoy perdido.

YUDISHTIRA. ¿Soy acaso tal rey?

KRISHNA. Sí. La destrucción nunca se acerca con las armas en la mano. Llega sigilosa, de puntillas, y te hace ver lo malo como bueno y lo bueno como malo. De todas maneras, no tendrás alternativa entre guerra y paz.

YUDISHTIRA. Entonces, ¿qué opciones tengo?

KRISHNA. Elegir entre la guerra y otra guerra.

YUDISHTIRA. La otra guerra... ¿dónde tendrá lugar? ¿En un campo de batalla o en mi corazón?

KRISHNA. No veo diferencia alguna.

.....

KUNTI. La Tierra te necesita. Ella disfrutará de tu triunfo. Ella te requiere para despertarse, para recobrar su belleza, su armonía, su tranquilidad.

DRITARASHTRA. ¿Dónde está Yudishtira?... Llévame con él...

YUDISHTIRA. Yo, Yudishtira, presto a ser maldecido, me arrodillo ante ti...

DRITARASHTRA. Yo soy quien debe ser maldecido, la culpa es mía. Mi corazón debe estar hecho de piedra porque no ha estallado ante los detalles cotidianos de esta terrible matanza. No atendí a ninguna de las voces que me decían: “¡Pon un alto al odio, pon un alto a la codicia de tu hijo!” No escucharlas fue una locura.

Mi hijo era cruel, de un egoísmo insaciable, total. Una única palabra sabían pronunciar sus labios: “guerra”... pero yo lo amaba con un amor sin límites. Sucumbí a su locura. Y ahora cada uno de mis hijos ha sido aniquilado.

Morir era el único camino que yo vislumbraba esta mañana. Pero ahora veo claramente, aun sin mis ojos, que mi deber es lo opuesto. A pesar de esta terrible batalla el odio no anidó en mí, solo el amor. Debo estrecharte entre mis brazos, eres ahora mi hijo y como padre tuyo tengo que ayudarte a cumplir con tu deber de ser el rey esperado por todos.

YUDISHTIRA. No, padre. Este reino es tuyo. El rey eres tú.

DRITARASHTRA. Hijo querido, antes de la guerra te advertí que la victoria te roería las entrañas noche y día porque desunirías a tu familia...tienes que ser rey...no puedes escapar a tu destino. Sabes que en el campo de batalla queda un hombre vivo que te puede convencer. Bishma, tu abuelo. Yace en un lecho de flechas que traspasan su cuerpo. Está a la espera de morir cuando despunte el día al comienzo del solsticio.

Cuando eras niño querías aprender mucho de él. Está llamándote con su mente, anda con él. Él te ayudará.

KUNTI. Sí, hijo mío. Anda con él.

.....

BISHMA. He oído que tu entendimiento está nublado por tus numerosas dudas...

YUDISHTIRA. ¿Cómo podría no estarlo cuando yo soy, abuelo, la causa de que estés muriendo? Luché contra ti. Millones y millones de hombres han muerto por mi causa, no puedo tener paz en mi espíritu. Creo que Brahma creó al hombre para hacer el mal.

BISHMA. ¿Qué te hace creer, Yudishtira, que el Creador es responsable de todos los actos de los hombres? Sobre todo de sus crímenes. Debemos ver las cosas como son. El Creador no se involucra en acciones así y, para el que sabe esto, cesan todas las malas acciones. El que sabe esto sabe que es su naturaleza la que actúa, y que lo hace en concordancia con las leyes de la gran Naturaleza. Hubo una vez una dama llamada Gautami. Un día, Gautami, poseedora de una gran paciencia y paz espiritual, descubre que su hijo ha muerto. Un cazador se aproxima con una víbora bien amarrada.

CAZADOR. Señora, esta víbora mató a su hijo. ¿Debo cortarla en pequeños pedazos, o la lanzo al fuego?

GAUTAMI. Déjala ir. Matarla no hará revivir a mi hijo. Suéltala, no le hagas daño.

CAZADOR. Señora, me parece que usted conoce la diferencia entre el bien y el mal, y por ello el sufrimiento de cualquier criatura invade su noble corazón. Pero no hay nobleza en el mío, soy un hombre práctico y voy a matar a esta víbora...con su venia.

GAUTAMI. El destino de mi hijo era morir así, de modo que no puedo autorizarte a matar a esa víbora. Ten misericordia, perdónala y déjala ir.

CAZADOR. Un enemigo merece la muerte. Matar a un enemigo es meritorio. Tanto en esta vida como en la otra...

GAUTAMI. El perdón es aún más meritorio.

CAZADOR. Esta víbora es una asesina. Salvaré mil vidas si la mato.

GAUTAMI. Pero no la de mi hijo.

VÍBORA. Insensato cazador, ¿qué he hecho? ¡Soy una simple víbora! No poseo el libre albedrío, no he cometido ningún crimen. Yama, la diosa de la Muerte, me envió a hacer lo que hice. Si tienes que culpar a alguien, a ella has de culpar.

CAZADOR. Quizás, pero tú aceptaste hacerlo, fuiste el instrumento del crimen. Las vasijas existen gracias a la rueda del alfarero, de la misma manera que tú eres la causante de que ese muchacho haya muerto. Eres culpable, lo has admitido...así que debes morir.

VÍBORA. La rueda del alfarero no es la única razón de que exista la vasija, y yo no soy la única causante de la muerte del muchacho. Dos causas –y hasta más- pueden incidir juntas. No soy culpable de ningún crimen. Mi culpabilidad resulta de la mezcla de varias causas.

CAZADOR. Desconozco la diferencia entre una causa primaria y la mezcla de varias... pero sé a ciencia cierta que tu mordedura mató al muchacho. Debes morir, ¿o acaso crees que cuando se comete un crimen el autor no es responsable? Dime qué piensas de esto.

VÍBORA. Nada ocurre sin una causa de por medio, primaria o no, y estás en lo cierto, estuve de por medio, pero creo que la principal culpable es la que me incitó: Yama, la Muerte.

CAZADOR. Hablas demasiado...

MUERTE. Llega en este preciso instante la Muerte.

¿De qué están hablando?

Soy Yama, la Muerte. No poseo libre albedrío, yo menos que nadie. Si tienen que culpar a alguien que culpen al verdadero responsable: el Tiempo.

CAZADOR. Un momento. Si el Tiempo es el culpable y no tú, Muerte, ¿por qué pasamos nuestras vidas tratando de ignorarte, o es que el Tiempo es responsable de eso también?

TIEMPO. En este punto aparece el Tiempo repentinamente.

Ni la víbora, ni la Muerte, ni siquiera yo, el Tiempo, con todo mi poder, somos responsables de que ese muchacho perdiera la vida.

Es el Destino el responsable. El Destino. El Destino nos guía a todos.

GAUTAMI. Pongan a la víbora en libertad. Desde el principio dije que el Destino fue el causante de la muerte de mi hijo.

.....

BISHMA. Como ves, Yudishtira, el Destino nos gobierna a todos; lo que pasó en el campo de batalla no fue culpa tuya ni de tus enemigos. La Tierra le pidió al Destino que exterminara a todos estos héroes. Ella había padecido durante mucho tiempo la arrogancia de los hombres y debíamos honrarla.

YUDISHTIRA. ¿Fue justo? ¿Fueron justas las demandas de la Tierra? ¿Qué es ser justo? ¿Cómo puede ser uno verdaderamente justo?

BISHMA. Yudishtira, tú eres hijo de Dharma... Y Dharma es la Justicia, la Ley. Se encuentra en el corazón de todas las criaturas. Pero a menudo no se le escucha. Habiendo nacido así, uno siempre quiere ser justo: ¡es justo ser justo! Uno siempre anda buscando la verdad, y no se

satisface con respuestas fáciles o con mentiras, uno es infeliz cuando tiene que mentir, y por eso uno sigue buscando. No es fácil haber nacido tentado por hacer justicia. Es raro y, a veces, hasta doloroso.

Una vez un halcón pasó largas horas tratando de cazar una espléndida paloma. La paloma, con gran dificultad, temblando de miedo, logró llegar hasta donde un rey magnífico y anidó en su regazo.

EL REY. ¿Por qué tiembblas? Aquí estás completamente a salvo. No tengas miedo. Tus bellísimas plumas son de un color semejante al de los primeros retoños del loto azul, y tus ojos al del tenue rosado de la granada. Aquí no debes sentir temor. Si fuese necesario daría mi reino para salvarte.

EL HALCÓN. Esta paloma es mía. Me pertenece, la he cazado. Muero de sed, tengo hambre, estoy desesperado. Dame mi paloma. Tu deber es cuidar de tus súbditos. No puedes despojar a un pobre halcón hambriento. Tu poder se extiende hasta tus enemigos, tus sirvientes, tus cortesanos, pero no tienes autoridad sobre las criaturas que surcan el cielo.

EL REY. Que preparen un buey, un oso, un búfalo y dos cerdos para este halcón. Dejen que aplaque su hambre. En cuanto a la paloma, habrá de quedarse conmigo.

EL HALCÓN. No me gusta la carne de búfalo, y menos aún la de cerdo, va contra mi religión. Yo me alimento de palomas. Pero si tanto te importa esta ave, quisiera más bien un pedazo de tu muslo que pese tanto como la paloma.

EL REY. Concedido.

BISHMA. Traen una balanza y un cuchillo bien afilado. Colocan a la paloma, temblorosa, en una de las escalas. El rey empuña el cuchillo, corta una larga tajada de su muslo y lo pone en la otra escala. Pero la balanza se inclina del lado de la paloma. Ella pesa más que la carne del rey.

El rey se corta otro pedazo y lo pone en la balanza, y luego otro más, y otro más, pero el peso de la paloma sigue siendo superior al de la carne del rey.

El rey corta toda su carne, y al final, cuando de él solo queda el esqueleto, se sube a la escala, pero el peso de la paloma siempre es mayor. Entonces, para su sorpresa, los dos pájaros se posan sobre sus hombros y le dicen:

LA PALOMA Y EL HALCÓN. Habíamos oído que eras un rey muy justo; nos enviaron para comprobarlo, y ahora sabemos que eres realmente justo.

BISHMA. Y juntos se perdieron por los cielos.

.....

BISHMA. Ves, Yudishtira, impartir justicia es el deber del rey, pero el precio puede ser muy alto.

YUDISHTIRA. Todos estos héroes dieron su vida en grandes combates, y ahora ¿qué pasará con ellos? No es fácil inmolarse, aunque sea en el campo de batalla. Dime, oh Bishma. Tú que lo sabes todo.

BISHMA. La parca siempre gravita sobre los meandros de la vida.

Escúchame, te voy a relatar una historia que nunca había contado.

....

BISHMA. Un día de tantos, un *rishi* andaba por un camino usado por carros de guerra, cuando vio a un gusano tratando de atravesar la calzada tan rápido como podía.

EL RISHI. ¿Cuál es la prisa, gusano? ¿De qué tienes miedo?

EL GUSANO. De un carro de guerra, señor, lo oí cuando se acercaba... me va a aplastar... debo llegar a la orilla... podía oír el latigazo... la vida es valiosa... no tengo ganas de morir si puedo evitarlo... no quiero cambiar el paraíso terrenal por el infierno de la muerte.

EL RISHI. Pero si eres simplemente un gusano, ¿qué puedes saber del paraíso terrenal? Las delicias de los sonidos, del olfato, del gusto, del tacto, no tienen ningún sentido para ti... Más te valdría estar muerto.

EL GUSANO. Verá usted, señoría, a pesar de todo lo que me dice, mi vida me gusta. Estoy acostumbrado a ella, me deleita. A pesar de ser un simple gusano disfruto de mis placeres. Fui muy rico en una vida anterior, tenía mal carácter, era cruel y vulgar, me aproveché de muchos amigos, me enloquecía la prosperidad de los demás, odiaba sus fortunas, sus mansiones, la belleza de sus mujeres. Pero yo amaba a mi madre y ocurrió que un día le di posada a un santón. Y cuando envejecí, como un padre que ha perdido a su hijo, me arrepentí. Obviamente las cosas no salieron tan bien, pero estoy seguro de que algún día, si llego a merecerlo, obtendré mi liberación.

EL RISHI. Espera y escúchame.

Un hombre camina en la oscuridad por una selva peligrosa, repleta de bestias feroces y cerrada por una extensa red. Tiene miedo, corre para huir de los animales y cae en un hoyo negrísimo. Por milagro, queda enredado entre unas raíces retorcidas. Siente el cálido aliento de una serpiente enorme que anida allí abajo, las fauces abiertas de par en par. Está a punto de quedar

atrapado por esas fauces, y cerca de ser aplastado por un enorme elefante en la orilla del hoyo. Unas ratas negras y otras blancas roen las raíces de las que cuelga el hombre. Sobrevuelan el hoyo unas abejas peligrosas que dejan caer gotas de miel. Entonces el hombre extiende un dedo...lentamente, cautelosamente...lo extiende para recolectar las gotas de miel. Amenazado por tantos peligros, separado de tantas muertes por apenas un suspiro, no se da por vencido. Por la miel se aferra a la vida.

En aquel agreste lugar, a punto de perder los cabales, en ningún momento abandona la esperanza de prolongar su vida.

EL GUSANO. Ese hombre estaba en una situación terrible. Eso lo entiendo, así que con el más grande de los respetos, debo retirarme. Verá usted: yo quiero seguir viviendo pero si tengo que morir bajo las ruedas de un carruaje, mejor trato de que no sea esta vez.

EL RISHI. Le faltó agilidad, el carro de guerra le pasó por encima. ¿Dónde estará ahora? Nadie sabe.

.....

BISHMA. La muerte siempre amenaza al mundo. Las noches también, pero lo que hacen es disminuir nuestra esperanza de vida. La parca no espera a nadie. A cada momento se acerca a todas las criaturas. Avanza imperceptiblemente pero con constancia. Cada día que pasa la vida del hombre se acorta. La muerte se presenta antes de que los hombres cumplan sus deseos. Se los lleva como si ella fuera una bestia de presa que se apodera de un cordero. Mejor hacer en la madrugada lo que planeas llevar a cabo por la tarde. Es implacable la muerte. La vida es incierta. Solo la muerte es certeza, puede que ocurra ahora o dentro de unos años. Es importante estar listo.

Al hombre lo asedian miles de deseos: su trabajo, sus tierras, sus hijos, su casa. Todo esto teje una telaraña de arraigos que la muerte desgarrar. Solo la verdad puede resistirse a la telaraña. La verdad es la inmortalidad. Los gérmenes de la muerte y de la inmortalidad pueden hallarse en el mismo cuerpo. Está en tus manos nutrir unos u otros.

La verdad es obligación de todo ser humano. Una obligación eterna. La verdad es el último refugio, la penitencia más grande. La verdad es inmutable, perdurable, inalterable.

El sol se acerca al solsticio. Yudishtira, ha sonado la hora de mi muerte.

.....

BISHMA. Dritarashtra, hijo mío. Tú conoces ya todos los deberes de un rey. No ignoras nada. Sabio como eres, no debes lamentar la muerte de tus hijos. Fue el Sino. Aunque no la puedas ver, de todo esto emana una luz.

Kunti, hija mía, olvida tu sufrimiento. Tu primogénito, Karna, te amaba. Te comprendía. No guardes luto.

Yudishtira, nieto mío, no te desprecies. Eres el más recto y consecuente de los hombres. Pero antes de convertirte en el rey que la ciudad espera, tenías que lidiar internamente con tus dudas y con esta guerra terrible.

Con tu venia me retiro. Es hora de abandonar mi cuerpo.

YUDISHTIRA. El rostro de Bishma se ilumina con una sonrisa poco terrenal. Cierra los ojos y yace inmóvil por unos momentos. Contiene la respiración con voluntad de morir. Luego exhala un último suspiro que atraviesa la corona de su cabeza y se dispara hacia el cielo, perdiéndose entre las nubes. Sopla un viento frío. La Tierra vuelve a respirar. Una paz extraña invade el corazón de los hombres mientras el alma de Bishma emprende la jornada.

El omnipresente Krishna, que ha aparecido repentinamente, dice:

KRISHNA. ¡Excelente! ¡Excelente!

YUDISHTIRA. Construyen una pira funeraria y creman el cuerpo de Bishma. Llevan los huesos y las cenizas a la ribera de su madre, el río Ganges. De repente, las aguas se detienen, el río se separa y aparece Ganges en persona.

GANGES. ¡Yudishtira! ¡Escúchame! A mi hijo no lo podían matar a menos de que él estuviera de acuerdo. Él deseaba que tú fueras el rey esperado por todo el mundo. Reinarás por 36 años y tras esos 36 años surgirá otra era y tendrás que delegar el reino a tu hijo...el único hijo que escapó de la gran batalla. Te irás a las montañas más altas y ahí encontrarás la paz que andas buscando.

Ahora, que aflore mi pena.

KRISHNA. No flaquees. Consuélate. Regresa a tu río.

YUDISHTIRA. Se regresa al agua, y el río vuelve a discurrir pacíficamente.

.....

NARRADOR. A Yudishtira lo coronan rey y efectúa un sacrificio extraordinario, de acuerdo con la ley de los reyes. Él distribuye todas sus riquezas a los sacerdotes.

Y entonces un animalito entra en escena, una mangosta, la mitad de ella recubierta de oro. La mangosta se lanza a los rescoldos del gran fuego del sacrificio.

YUDISHTIRA. ¿Qué haces, mangosta?

LA MANGOSTA. Estoy tratando de usar este oro derretido para cubrir la otra mitad de mi cuerpo, pero no funciona. Tu sacrificio, según la ley de los reyes, es incorrecto. Estás donando todas tus riquezas a sacerdotes que no las necesitan. Deberías distribuirlas entre los pobres.

YUDISHTIRA. Tienes razón. ¿Qué debo hacer?

LA MANGOSTA. Bueno...quizás deberías modificar la ley. Aunque el verdadero sacrificio radica en el corazón no en las leyes.

YUDISHTIRA. Tienes razón, mangosta. Daré todo ese oro a los pobres.

Mangosta, el verdadero sacrificio es del corazón, pero cambiaré la ley.

.....

NARRADOR. Pasaron muchos años bajo el reinado de Yudishtira. Y las gentes eran muy felices.

Dritarashtra era tratado con sumo respeto. Yudishtira intentaba complacerlo todo el tiempo. Sus órdenes, sin excepción, debían ser aprobadas por Dritarashtra. Siempre lo consultaba sobre la administración de los asuntos de Estado, y se comportaba de modo que su tío creyera que en verdad era él quien llevaba las riendas del reino.

Así pasaron quince años cuando, un día, Yudishtira descubrió que su tío estaba ayunando y dormía en el suelo.

.....

YUDISTHIRA. No lo sabía. No sabía que has estado ayunando y que duermes en el duro suelo para mortificar tu carne. ¡Yo creía que te estaban cuidando y que eras feliz!

DRITARASHTRA. Hijo mío, ya es tiempo de irme al bosque...No puedo seguir bajo tu techo. Me has tratado como si fuera tu padre, me has ofrecido todo lo que podías ofrecerme. Pero mi corazón desea silencio. Te solicito, como rey que eres, tu venia para adentrarme en el bosque.

YUDISHTIRA. Me pides permiso para irte. ¿Cómo podría yo darte o negarte permiso? No me abandones.

KUNTI. Hijo mío, ¡acata los deseos de Dritarashtra! No le impidas que se vaya a la foresta. ¡No lo dejes morir aquí! No te interpongas en su camino. Déjalo ir para que viva entre la miel de las flores silvestres.

La Dharma de los reyes es morir en la batalla, o pasar los días postreros en el bosque. Eres muy joven para entenderlo.

La hora ha llegado para él, hijo mío, y ya es hora para mí también.

Debo irme a vivir al bosque, me untaré el cuerpo con inmundicias, pagaré mi penitencia. No trates de hacerme cambiar de parecer. No daré marcha atrás.

YUDISHTIRA. Extraño es este propósito tuyo. Te ruego que no sigas adelante. No puedo autorizarte tal cosa, jamás. Tu deber es tener compasión de mí.

¿Deseas abandonarme a mi suerte en el reino?

KUNTI. No deseo gozar de los frutos de la soberanía que te has ganado. Quiero obtener paz en mi corazón por medio de la penitencia.

YUDISHTIRA. ¿Cómo has de vivir en esos bosques inaccesibles?

KUNTI. Deseo que mi cuerpo se desintegre gracias a la penitencia. Hijo mío, permite a tu entendimiento consagrarse a ser justo siempre. Deja en libertad a mi mente.

YUDISHTIRA. ¡Como quieras, Madre!

.....

NARRADOR. A la mañana siguiente, Dritarashtra y Kunti se dirigieron al bosque, mientras toda la ciudad quedó sumida en el luto.

Tiempo después, Yudishtira decidió ir al bosque. Llegó hasta el sitio en que su madre y su tío se encontraban ayunando. Les alegró mucho verlo, y le ofrecieron frutos y raíces.

YUDISHTIRA. ¿Ha crecido aquí la paz, el dominio de sí mismo, la tranquilidad del corazón? ¿Está mi madre en disposición de servirte sin problemas ni fatigas? Que ella resida en estos bosques, oh rey, ¿rinda sus frutos? Espero que no le des alas al dolor por tus hijos, ya que todos murieron en los campos de batalla cumpliendo con sus deberes. ¿Me acusas a mí todavía por haberlos sacrificado?

DRITARASHTRA. Mi querido hijo, todo ello ha quedado atrás. Mi corazón ya no alberga más dolor.

VIDURA. ¡Yudishtira! ¡Yudishtira!

YUDISHTIRA. Aquella es la voz de Vidura, mi amado tío. Me está llamando. Yo sé que después de la guerra se vino para acá... Ustedes deben saber dónde está.

DRITARASHTRA. Mi queridísimo hermano Vidura mortifica su cuerpo y vive del aire. Está en medio del bosque y no ha vuelto por aquí. Si te internas en el bosque lo encontrarás.

YUDISHTIRA. Fui en busca de Vidura. Ya no era el Vidura de antes... su cuerpo era un saco de huesos y estaba al borde de la muerte. Pero sus ojos brillaban con una extraña intensidad. En su presencia le dije: "Yo soy Yudishtira, mi Señor. Háblame". Estaba de pie, apoyado en un árbol. Me sentí compelido a sostener su penetrante mirada. Por un rato nuestros cuatro ojos permanecieron enganchados. Yo no podía desviar los míos de los suyos. Algo extraño ocurrió. Me sentí más fuerte y más sabio. Me sentí diferente. Sentí que yo era más Vidura y menos yo. Me di cuenta de que él estaba muerto y que había abandonado su cuerpo para entrar en el mío.

.....

YUDISHTIRA. Vidura ha muerto. Yo quería que su cuerpo fuera cremado, pero entonces escuché una voz que me decía. "No, no cremen mi cuerpo pues ya es parte del tuyo". Siento una inmensa gratitud. Siempre quise adentrarme en el bosque, pero debo cumplir con el destino que me ha sido asignado. Regresaré a la ciudad.

KUNTI. Sí, hijo mío, debes irte, regresar a la ciudad. Si te quedaras aquí no podríamos cumplir nuestras penitencias.

DRITARASHTRA. Hijo querido, estás en lo cierto, regresa a tus deberes. Déjanos morir en paz.

.....

DRITARASHTRA. Veo un ejército entero emergiendo del río. Todos mis hijos, sanados de sus heridas, reconciliados, una inmensa ola de hombres, todos blanqueados, suben por el aire.

KUNTI. Veo a Karna, mi hijo, avanzando hacia mí, sonrío, está frente a mí, me toma por la mano, me lleva hacia el río, se mete en él, y desaparece.

DRITARASHTRA. Yo tenía ojos. ¡Podía ver a mis hijos! Pude verlos por primera vez. Los vi desaparecer dentro del río. Ahora ya no puedo ver nada.

Kunti, yo siempre supe que Karna era hijo tuyo.

.....

NARRADOR. Yudishtira, escucha con calma porque te voy a contar qué pasó después de que abandonaste el bosque. Tu madre y el anciano rey deambulaban de aquí para allá. Un día, en las proximidades del río Ganges, se levantó un fuerte viento y se desató un incendio que arrasó con el bosque. Todos los animales se acercaron al río y se metieron en él -serpientes, osos, tigres- y cuando el bosque fue devorado completamente por las llamas, y todas las criaturas sintieron el peligro, fue evidente que la muerte estaba cerca.

Y así habló tu madre a Dritarashtra.

....

KUNTI. Hay un incendio en el bosque.

DRITARASHTRA. Así es, sentí el humo y pensé...

KUSTI. Es más fácil de lo que pensaba.

DRITARASHTRA. Cruza el río, salva tu vida.

KUNTI. Siento el aliento abrasador del fuego.

DRITARASHTRA. Cruza el río, ponte a salvo.

KUNTI. Ven conmigo. Pon tu mano en mi hombro.

.....

YUDISHTIRA. Han pasado 18 años desde la muerte de los mayores, y ahora Yudishtira comienza a ver señales en el cielo similares a las que aparecieron justo antes de la gran batalla.

Padres y madres matan a sus hijos. Niñas de seis y siete años dan a luz. A los ocho años hay niños que ya son padres.

Estériles y marchitos, los árboles no dan flores ni frutos. Los animales salvajes se internan en las ciudades.

Vientos fuertes y secos soplan de todos lados y provocan lluvias de piedras y grava.

Los pájaros dejan oír sus ayes haciendo círculos de derecha a izquierda.

Los ríos fluyen en direcciones opuestas.

La neblina cubre siempre el horizonte. En la tierra caen meteoritos.

Los torsos de los hombres decapitados tapan los rayos del sol cuando estos intentan asomarse.

Todos los días se ven círculos de luz alrededor de la Luna y el Sol. Son tres los tonos de los círculos: Negro. Cenizo. Rojo sangre.

.....

YUDISHTIRA. Markandeya, ¿es cierto que este mundo será destruido?

MARKANDEYA. Ya pasó. Y volverá a pasar. Una y otra vez. Una y otra vez.

Cuando ni el sol ni la luna ni el fuego ni la tierra ni el aire ni el cielo permanezcan, cuando el mundo entero en medio de su destrucción parezca un vasto océano, solo yo quedaré.

Deambulé por aquel pantano brumoso y gris y mi corazón se secó. No pude hallar una sola criatura viviente ni un lugar donde descansar. Un día, luego de meses enteros vagando por las aguas, repentinamente vi una gran higuera de Bengala, y al pie de aquel árbol, un niño. Mi corazón se llenó de asombro. Y me pregunté: “¿Cómo es posible que este niño se encuentre aquí cuando el mundo mismo ha sido destruido?” Y aunque tengo conocimiento del Pasado, del Presente y del Futuro, no pude entender quién era él y que hacía ahí sentado. Entonces, me dijo con una sonrisa:

EL NIÑO. Oh Markandeya, veo que no hallas reposo, entra en mi cuerpo.

MARKANDEYA. El niño abrió la boca y yo me metí en su vientre. En el estómago del niño contemplé ríos, montañas, océanos. Vi gentes, ciudades reinos. Vi el firmamento, el sol, la luna, los planetas, las estrellas, las galaxias. Todo lo vi en las entrañas de aquel niño.

Luego de años y años de viajar por aquel vientre nunca encontré sus límites. Me carcomía la rabia de no poder entender el verdadero significado de todo ello, y tampoco podía descansar. Le pedí ayuda al niño... y me expulsó por la boca.

Luego me encontré sentado a la par suya; me obsequió una gran sonrisa y dijo:

EL NIÑO. Markandeya, eres demasiado impaciente. ¡Pasaste poco tiempo dentro de mi cuerpo y por eso no encontraste el reposo que buscabas! Acércate más. Escucha.

Ahora sí puedo decirte quién soy y todo lo demás que quieras saber.

.....

(FIN)

13 de septiembre 2017 17h15